

Giovannina está contigo

David Mateo



Colección

Historias de hoy

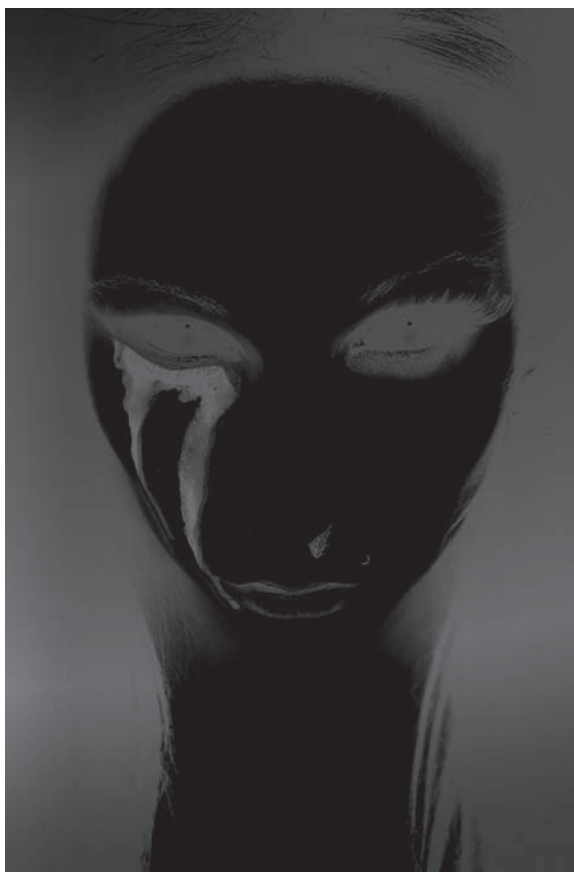
Narrativa escrita por autores actuales. De temáticas diversas pero siempre concebidas y escritas desde la idea de la colaboración en el fomento de la lectura para los jóvenes lectores.

Abrimos la colección con esta **novela corta *Giovannina está contigo***, a caballo entre el género negro y el fantástico. Está escrita por **David Mateo**, autor de novelas de género negro, fantasía y juvenil. Cuenta con los siguientes títulos: «Nicho de reyes», «El último dragón», «Encrucijada», «Herederero de la alquimia», la novela infantil «El susurro del bosque» y la recopilación de cuentos «Perversa». Entre el 2011 y el 2013 ha publicado sus tres últimos trabajos: «Carne muerta», «Noches de sal» y «Prohibido salir con el cliente». Con «Noches de sal», novela que describe una Valencia gótica, llena de sombras y situaciones extremas, ha conseguido un gran reconocimiento y el premio Scifiworld 2012. Entre sus recopilaciones para el mercado juvenil se incluyen «Criatures d'ultratomba», el proyecto benéfico «Ilusionaria 3» y el estudio didáctico de «Las montañas de la locura», publicado por esta misma editorial.

David Mateo también es colaborador en distintas revistas y diarios valencianos. Trabaja como dinamizador sociocultural y gestor de actos literarios para diversas entidades públicas y privadas. A lo largo del 2014 sus obras comenzarán a ser publicadas en el mercado francés.

Giovannina está contigo

David Mateo



© ES PROPIEDAD
David Mateo Escudero
Editorial ECIR, S. A.

Diseño portada: Pilar Crespo Palacios
Diseño interior: Pilar Crespo Palacios y Eva Herraiz Pujante
Edición: Editorial ECIR
Impresión: Villena artes gráficas

Depósito legal: V-844-2013
I.S.B.N.: 978-84-9826-690-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.




Villa de Madrid, 60 - 46988 - P. I. Fuente del Jarro - PATERNA (Valencia)
Tels: 96 132 36 25 - 96 132 36 55 - Móvil: 677 431 115 - Fax: 96 132 36 05
E-mail: ecir@ecir.com - <http://www.ecir.com>

I

Quien conoció a Orson Gough diría que fue un tipo normal. Medía algo más de metro ochenta, casi ciento veinte kilos de sobrepeso –ganados a pulso a base de buenas raciones de hamburguesa, beicon, pepinillo y patatas fritas– y un estómago tan grande que podía albergar a su alrededor los bracitos de cuatro de sus seis hijos. Se casó con Vera muy joven, no tendría más de dieciocho años. Había pasado media vida encerrado en el orfanato y cuando le dieron alas, al muy capullo no se le ocurrió otra cosa mas que cortárselas poniéndose la alianza. Empezó a trabajar en el distrito Rittenhouse en el 68, en una fábrica de zapatos; pero a Orson jamás le gustó almacenar cajas en un polvoriento almacén, ni meter zapatillas en bolsas, así que cinco años más tarde compró un bajo en una callejuela paralela a Antique Row y montó *El Rincón de Gough*, un pequeño establecimiento de ropa deportiva donde el cliente ocasional podía comprar la última camiseta de los Sixers, la gorra promocional de Randy Wolf, o los protectores nasales que los Eagles utilizaron durante la temporada del 98.

Orson nunca fue un tipo raro, al menos no demostró serlo. Cuando entraba por la puerta del curro todos nos levantábamos para saludarle. «¡Qué hay, grandullón!» «¿Cómo va la vida en el Rincón?». Orson siempre respondía con aquella sonrisa socarrona que parecía iluminarle toda la cara, después se concedía unos minutos para hablar con los chicos y se encerraba con el ogro en su despacho. Era un buen tipo, no me cabe la menor duda.



Los miércoles por la noche Vera y los niños tenían bien claro que no podían contar con él. Aparte de su Rincón en Antique Row, Orson tenía otra pasión indiscutible: los bolos. Jugaba con los Osos de Penn Law, y todo el mundo en la bolera lo llamaba «*Culo Gordo*», quizás por la manera sinuosa que movía ese culito cuando danzaba por la pista con la bola en la mano. Otros lo llamaban «*Revienta cuellos*» y otros «*el viejo tyranosaurio*», aunque siempre me dio la impresión de que aquel mote venía más por el rastro de hamburguesas que solía dejar tras de sí que por su idilio con los bolos. La verdad es que aquellas partidas en el parquet no eran precisamente mi pasión, pero el tipo me caía bien. Era una compañía agradable y decente, además de un charlatán insaciable. Desde luego esas cualidades son difíciles de encontrar hoy en día. Joder, me encantaba ese juego de caderas cada vez que conseguía un *strike*, o como le hacía el trenecito a Juli cuando llegaba con la bandeja llena de cervezas. Era un tipo majo, con sus pequeños defectos, pero un buen tipo a fin de cuentas.

Recuerdo como si fuera ayer el 17 de junio del 98, era un miércoles por la noche, como todas las ocasiones que quedábamos para ir a la bolera del Distrito Universitario. A Orson le encantaba aquel antro, era el lugar donde se podían ver los *chochitos más calientes*, como solía decir a menudo —aunque lo cierto es que jamás le puso los cuernos a Vera—. Como siempre salió de casa con su cazadora azul de los Eagles, la gigantesca bolsa de deporte cargada a la espalda —donde

guardaba una misera bola—, y su gorra de la suerte firmada por Donovan McNabb. Vera seguía sus pasos con el pequeño Jibby en brazos. Le besó con dulzura en los labios y Orson le encasquetó un beso en los morros —no sé si habré dicho antes que la delicadeza no era la cualidad más destacable en Revienta Cuellos—, después asestó un suave capón a Jibby y se despidió con su grito de guerra: ¡Vamos a hundir la flota!

Yo solía esperarle junto a mi viejo Mustang del 88, el que heredé de mi padre tras la muerte de Annie. A Orson le encantaba aquel coche.

—El cuero huele a leyenda —solía decirme—. Cuando te quieras deshacer de él pégame un toque, Mich.


Aquél día hacía una noche de perros. Más que llover jarreaba agua. Aun así le esperaba fuera del coche, como siempre, con las manos metidas en los bolsillos y el pelo pegado a la cara. Orson recorrió el jardín de su casa a grandes zancadas, resguardándose de la lluvia con su bolsa, y se metió en el coche mientras lanzaba un aullido de lobo resabiado.

—¡Hace una noche de la hostia! —exclamó mientras se espolsaba en el asiento del copiloto.

—Sí, una noche perfecta para pasarla con Tiffanie, metidos en la cama y follando como perros.

—Anda ya, Romeo. La señorita Addams está todos los días en tu cama, en cambio nuestras citas con los *chochitos calientes* son una vez cada cuatro meses. No me jodas, Mich, y cambia esa cara.

La vida es irónica. Orson era un adivinador notable cuando *las voces* le susurraban al oído, sin embargo



cuando se aventuraba a hacer una profecía jamás daba en el clavo. Tiffanie y yo rompimos a los dos meses de aquella cita. Recuerdo que la siguiente vez que nos vimos, Orson me dijo que los amigos estaban para apoyarse y que estaría a mi lado durante muchos años. No, desde luego la videncia no era lo suyo.

Respondiendo a su comentario con un bufido, arranqué el coche y mientras accionaba el limpiaparabrisas, enfilé por la 676 rumbo al cinturón del Distrito Universitario. Recuerdo perfectamente que sonaban los Eagles en la radio:

Welcome to the Hotel California

Such a lovely place, such a lovely face

—*They livin' it up at the Hotel California*—cantaba Orson mientras tamborileaba con las manos en el salpicadero—. *What a nice surprise, what a nice surprise, bring your alibis...* ¡Ya no hacen canciones de las buenas, Mich!

No pude evitar que mi malhumor quedara olvidado ante los aullidos del *viejo tyranosaurio*.

Aquél viernes no habían demasiados coches en la carretera, la mayoría debían estar en sus casas viendo los Simpsons. Fuimos abriéndonos paso hacia el oeste, atravesando la cortina de lluvia y cruzando el canal por el puente. El oleaje del Schuylkill arreciaba con fuerza bajo nosotros. Orson parloteaba y parloteaba sin parar, como en él solía ser habitual.

—Un día tenéis que venir Tiffanie y tú a casa, Mich. Tienes que probar las tortitas de avena de Vera. Joder, están buenísimas.

—Ya me imagino, papá Phil —murmuré pegándole unas palmaditas en el abultado estómago.

—No, lo digo en serio. Yo no sé qué cojones les mete, pero están buenísimas. Luego les pone por encima esa salsa de güacamole, arándanos y mora... ¡Se me hace la boca agua de solo pensarlo!

—¿Y cuando no se te hace la boca agua?

—Anda ya, Mich, he adelgazado dos kilos en un mes. Esta vez fui yo el que lanzó una carcajada.

—Que sí, coño, que sí. El régimen que me puso el doctor Launch es la leche, puedes comer de todo y lo único que tienes que hacer es diversificar la comida. Que si por las mañanas unas tostaditas con beicon, a media mañana una pieza de fruta, al mediodía la ensaladita de la abuela Natt, por la tarde dos donuts de chocolate y tropezones, y por la noche un buen filete de ternera.

—¿Y se supone que así adelgazas, Orson?


—Claro que sí, Mich. La clave está en diversificar las vitaminas y las proteínas. Eso lo sabe todo el mundo.

—Orson se puso muy tieso y recitó con voz profunda—: El hábito del comedor influye en la buena o en la mala alimentación del dietista.

—Eso te lo acabas de inventar, cabrón.

—Que no, Mich, me lo dijo el doctor Launch, te lo juro.

Tuve que acercarme un poco más al parabrisas para poder ver las líneas que separaban los carriles de la carretera. Una vez que dejamos atrás la 676, la 76 seguía hacia el sur ininterrumpidamente.



—Entonces supongo que esta noche no habrá Burger Especial.

Orson guardó unos segundos de silencio. Su mirada se perdió en el horizonte.

—¡A la mierda el doctor Launch! —gritó al cabo de un rato. Ambos estallamos en estridentes carcajadas.

Continuamos por la 76 hasta el Distrito Universitario. Nos aproximábamos a la oficina de correos cuando sonaba Led Zeppelin en la radio.

—*The piper's calling you to join him, dear lady, can you hear the wind blow...* —cantaba Orson con su vozarrón de oso.

Un trueno rasgó la noche e iluminó el cauce este del Schuylkill. Los edificios de Rittenhouse Garden aparecieron fantasmagóricos al otro lado del río.

Orson había dejado de cantar.

—Oye, Mich...

Anteriormente he dicho que Orson era una persona normal. Bueno... para ser fiel a la realidad esto no es del todo cierto.

—... ¿por qué no sigues hasta el Museo de Arqueología y Antropología?

Orson tenía una afición. Una pequeña afición que iba más allá del Rincón de Gough y de los Sixers.

—Orson, por favor, hoy no —murmuré con aire cansado. Llevaba dos noches sin pegar ojo, y ni tan siquiera los besos de Tiffanie habían logrado apaciguar mi alma.

Dicha afición a muchos podría resultarle extraña, inquietante, oscura... pero Orson había sabido encauzarla y la había hecho parte de sí mismo.

—Lynn me dijo que fuera al 18 de Salem's Saint, junto al Museo de Arqueología y Antropología.

—¿Otra vez Lynn? —Hice una pausa y le miré con rabia. Orson sabía perfectamente lo traumático que para mí era todo esto.

—Lynn nunca se equivoca —respondió Orson prendiendo la mirada en la oscuridad que se atisbaba a nuestro alrededor. La lluvia arreciaba por momentos.

Y era verdad. Lynn le había abierto al *viejo tyrano-saurio* las puertas de Nigma.


—¿Y qué vamos a escuchar esta noche?

Orson se cruzó de hombros. Su rostro había perdido toda la alegría que había ostentado minutos antes.

—No lo sé, amigo mío... Supongo que alguna verdad olvidada.

El 18 de Salem's Saint no era más que un caserío perdido a unos doscientos metros del museo de Arqueología. Como la mayoría de los edificios de las afueras del Distrito Universitario, era una casa colonial llena de polvo. El revestimiento del suelo crujía bajo nuestros pies, los muebles estaban tapados con mantas y daba la impresión de que hacía siglos que nadie habitaba sus muros agrietados. Podía respirarse en el ambiente los recuerdos que habían dejado atrás sus antiguos ocupantes, hundidos entre las sombras y a la espera de que nuevos inquilinos acabaran borrándolos.

Ver los preparativos de Orson era como contemplar un ritual invariable. Se situaba en el centro de la estancia, respiraba hondo y cerraba los ojos. Así perma-



necía un buen rato, discerniendo la oscuridad que lo rodeaba y tratando de encontrar voces que a cualquier oído normal pasarían inadvertidas. Después echaba mano a la bolsa de deportes y sacaba su vieja grabadora para cintas de audio. En los veintiocho años que llevaba dedicándose a esto, Orson había usado siempre la misma grabadora; decía que *tenía magia para encontrarlos*. El ritual continuaba acoplando un micrófono al magnetófono, y situando el equipo justo en el centro de la estancia.

Yo jamás me atrevía a intervenir en el proceso. Prefería mantenerme al margen, observando como el *viejo tyrannosaurio* volvía a cerrar los ojos, expandía su mente por todos los rincones de la habitación y se santiguaba mientras agachaba la cabeza. Después apretaba el REC, y silencioso como una tumba, buscaba un lugar donde aposentarse.

Aquel 17 de Julio del 98 no fue demasiado atípico. Lynn nos habló, como solía suceder siempre que Orson se proponía llevar a cabo una de sus sesiones. Pero quedó grabado en mi memoria porque fue la última vez que vi al *viejo tyrannosaurio* en acción. Me quedé junto al vano de la puerta, apoyado contra la jamba y hechizado por la imagen que captaban mis ojos. Orson estaba sentado en una mecedora polvorienta, rodeado de sombras y tinieblas, cercado por una docena de muebles envueltos en sábanas grises, y una gran lámpara presidiendo la estancia. Podía escucharse el repiqueteo de la lluvia contra los cristales, difundiendo un susurro macabro que erizaba los pelos. De vez

en cuando algún trueno retumbaba en el exterior, y las tinieblas se retiraban a los rincones cercadas por un resplandor sobrenatural. Pero Orson seguía impertérrito en el centro del salón, con los ojos cerrados y la mente subyugada por un sentimiento de interés que se mezclaba con el respeto absoluto. Orson tenía una fe ciega en aquellas voces, de eso no me cabía la menor duda. Mientras tanto, la lengua de los muertos farfullaba a nuestro alrededor, silenciosa y malévola, registrando su impronta en las pistas de una pequeña cinta magnetofónica.